



MEDITAR

la propia muerte

NO solemos meditar sobre nuestra propia muerte, salvo cuando acudimos a un funeral o nos ponemos gravemente enfermos. Esto no fue así en el pasado, ni lo es en muchos lugares del mundo donde la muerte forma parte del presente y de lo cotidiano, no solo de un futuro improbable y lejano.

Uno de los filósofos más influyentes del siglo XX, Martin Heidegger, popularizó en círculos académicos una expresión que re-

fleja bien quiénes somos y cuál es nuestro fin: somos *seres-para-la-muerte*, seres finitos, orientados a desaparecer. Nuestra cultura, obsesionada con la juventud y la salud, tiende, sin embargo, a ocultar este dato básico de la realidad para hacernos creer que somos eternos.

El trans-humanismo, una filosofía contemporánea con supuesta base científica, refleja esta vana esperanza afirmando que llegará el día (mediado por asombrosas

innovaciones tecnológicas) en que nuestros organismos (o al menos los de unos pocos elegidos que puedan pagárselo) se regenerarán y vivirán ilimitadamente. Entonces, afirman, seremos inmortales.

Pero de momento, y hasta que no se demuestre lo contrario, con algunos casos comprobados de nuevos Matusalenes, parece que nos morimos. Y lo hacemos todos. De ahí la conveniencia de meditar sobre uno de los elementos más importantes, quizás el más impor-

Pensar en los muertos y rezar por ellos es un modo de tenerlos presentes y de recordar que algún día nos uniremos a ellos.

tante, de nuestra vida: su carácter finito y provisional.

No se trata de traer a la mente y reflexionar sobre nuestro inevitable declive físico y mental para deprimirnos y asustarnos, sino al contrario, para vivir más plenamente. De hecho, esa era la función principal de las meditaciones sobre la muerte en la tradición cristiana: ser un revulsivo para vivir, aquí y ahora, una vida más auténtica.

La Biblia está llena de invitaciones de este tipo y sus páginas remiten constantemente al carácter pasajero del ser humano y a la necesidad de la mayoría de sus expectativas. La literatura sapiencial en particular insiste en este aspecto una y otra vez.

El Eclesiastés, por ejemplo, recuerda que «hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir» y que «el destino del ser humano y el destino del animal es el mismo». Job, en un discurso que reflexiona sobre el sentido de una vida en apariencia abocada a una muerte injusta y absurda, exclama resignado ante Yahvé: «sí, sé que me llevas hacia la muerte» (30,23).

Los cristianos, conscientes de que somos *seres-para-la-muerte*, pedimos en el *Ave María* que la Virgen nos acompañe en ese difícil tránsito e interceda ante nosotros: «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte». Las advocaciones al Cristo de la Buena Muerte, a San José o a la Virgen del Buen Suceso nos recuerdan también la centralidad que ha tenido la experiencia de la muerte para la piedad popular.

La fiesta de todos los Santos y, sobre todo, la de los Difuntos—que,

por desgracia, ha sido deformada y comercializada en esa versión grotesca llamada *Halloween*— que celebramos en noviembre apunta también en esta misma tradición. Pensar en los muertos y rezar por ellos es un modo de tenerlos presentes y de recordar que algún día nos uniremos a ellos.

Sin embargo, conviene recordar que las meditaciones sobre la muerte que encontramos en la Biblia, en la devoción popular y en la liturgia tienen una función clave en el presente, y no solo para acompañarnos en el trance final de la vida. Ellas pueden ser el revulsivo que nos ayude a abrir los ojos, ordenar las prioridades y elegir bien.

Este es el sentido de la pregunta que Jesús plantea en el evangelio y a la que convendría volver con frecuencia: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde la vida?». Ignacio de Loyola, en los *Ejercicios espirituales*, hace referencia a la muerte precisamente en este mismo sentido, invitando a imaginar el día de la muerte, pero para elegir bien y orientar las decisiones futuras (optando por un determinado estilo, «regla» o «forma y medida» de vida).

Por un lado, para hacer una buena elección, Ignacio propone «considerar, como si estuviese en el lecho de la muerte, la forma y medida que entonces querría haber tenido en el modo de la presente elección, y reglándome por aquella, haga en todo la mi de-

terminación». A continuación, añade: «mirando y considerando cómo me hallaré el día del juicio, pensar cómo entonces querría haber deliberado acerca la cosa presente; y la regla que entonces querría haber tenido, tomarla ahora». El futuro, con esta meditación, se proyecta sobre el presente, iluminándolo.

Es cierto que hoy día la conciencia de un juicio final no tiene la fuerza que tuvo en otras épocas ni la muerte suele ser objeto frecuente de nuestros pensamientos, oraciones y conversaciones. Pero no podemos dejar de reconocer que este tipo de medita-



ciones nos permiten elevarnos y tomar distancia del momento actual para volver a él de un modo distinto.

Cuando Jesús afirma que «cielo y tierra pasarán», añade a continuación: «mas mis palabras no pasarán». Necesitamos volver a las palabras de Jesús y permanecer en ellas. Necesitamos meditar la propia muerte, pero no para entristecernos, sino para relativizar nuestras preocupaciones, elegir bien y vivir de un modo más auténtico. En definitiva, para ser como realmente nos gustaría haber sido cuando todo, por fin, haya terminado.

JAIME TATAY, SJ